

LA NOSTALGIA

Relatos cortos

Maribel Rams Albuisech (ed.)



LA NOSTALGIA

Relatos cortos

7

Maribel Rams Albuissech (ed.)

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica
Edicions de la Universitat de Lleida
Lleida, 2022

En conmemoración del
50 Aniversario de la titulación de Filología Hispánica
Lleida, 1971-1972/2021-2022

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica, 2022

Edicions de la Universitat de Lleida, 2022

del texto: los autores y autoras

Ilustración de cubierta: Andrea de Castro

Maquetación: Edicions i Publicacions de la UdL

ISBN 978-84-9144-372-8



Índice

Prólogo	
<i>Maribel Rams Albusech</i>	7
Abrir puertas	
<i>Cristina Rodríguez Pinós</i>	9
¿Cualquier tiempo pasado fue mejor?	
<i>Núria Freixes Miró</i>	17
La voz de mis abuelos	
<i>Aitana Franco Bernad</i>	25
Olor de aceite crudo y de vino rancio	
<i>Adrià González Graell</i>	35
Canela y jengibre	
<i>Sara Escolà Vidal</i>	41
Ojos azules	
<i>Genís Mercè Colom</i>	49
Comentarios del jurado	59

Prólogo

El presente volumen es una recopilación de los originales premiados en el VII Concurso de Relatos Cortos, organizado en el curso 2021-2022 por el Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica, con el patrocinio de la Facultad de Letras, el Vicerrectorado de Estudiantes y Ocupabilidad y el Vicerrectorado de Cultura y Extensión Universitaria de la Universidad de Lleida.

Esta convocatoria se situó en el marco de la celebración del 50 Aniversario de la implantación de la titulación de Filología Hispánica en los estudios universitarios de Lleida. En conmemoración de dicho acontecimiento, el tema elegido para este concurso fue “la nostalgia”, con el fin de pensar en el tiempo, la memoria y la proyección hacia el futuro teniendo presentes las experiencias del recorrido de estos cincuenta años. Además, la nostalgia refuerza nuestro sentimiento de pertenencia a un grupo o a una cultura, siendo así una valiosa herramienta para crear vínculos con quienes nos antecedieron.

Se trata de un tema que está muy en boga en la era digital, ya que hay una creciente añoranza por la autenticidad y la materialidad del pasado, y las nuevas tecnologías se emplean a menudo para revivir ese pasado, de los juegos retro a los filtros vintage de las cámaras de nuestros teléfonos móviles.

Así pues, en el contexto de la celebración del 50 Aniversario de nuestra titulación, invitamos a las y los participantes a pensar el significado de la nostalgia, ya no solo como una versión idealizada del pasado o una recuperación de un lugar, un tiempo, una vida; sino también como mirada retrospectiva que nos ayuda a construir un futuro mejor o como mecanismo

de defensa a la pérdida de memoria de nuestra época de ritmo acelerado y de realidad virtual.

En esta VII edición participaron estudiantes de la Facultad de Letras de la Universidad de Lleida y estudiantes de enseñanza secundaria (Enseñanza Obligatoria, Bachillerato y Ciclos Formativos). Se presentaron un total de 51 originales distribuidos entre las diferentes categorías, especialmente en la categoría C, integrada por futuros estudiantes universitarios, a los que la universidad quiere inspirar para que se involucren en la creación literaria y desarrollen el gusto por la lengua y la literatura.

Sin embargo, la categoría B se vio muy afectada por la drástica reducción de los estudiantes de movilidad de la Facultad de Letras y no se recibieron suficientes originales. Por este motivo, en la edición de 2022 fue declarada desierta dicha categoría.

Después de los sucesivos confinamientos que vivimos desde marzo de 2020 a causa de la pandemia de COVID 19, finalmente pudimos reunirnos sin ninguna limitación de aforo para la entrega de los premios durante la VII Semana de las Letras Hispánicas del Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica, celebrada en la Universidad de Lleida en abril de 2022.

El jurado de esta VII edición estuvo compuesto por el profesor Julián Acebrón Ruiz y las profesoras Montserrat Parra Albà y Maribel Rams Albusech, quienes destacaron en su acta la calidad de los 51 relatos presentados. Este volumen está conformado por los 6 premiados que ofrecen una amplia gama de vivencias e impresiones, y nos hablan de seres queridos, referentes, valores, recuerdos y añoranzas. Os invito a leerlos y disfrutar de sus visiones originales y emocionantes sobre la nostalgia que invade nuestro tiempo.

Maribel Rams Albusech

ABRIR PUERTAS

CRISTINA RODRÍGUEZ PINÓS

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

—**R** EY DE copas.

—Mejor robo y pruebo suerte.

—Cuatro de bastos.

—Nada.

Pablo y sus compañeros jugaban al chinchón una tarde cualquiera con la gente de siempre. Dos jóvenes entraron por la puerta del amplio salón blanco: él, alto y delgado, con una sudadera cubriéndole las manos hasta los nudillos; ella con pantalones anchos y unas botas que parecían pesar el doble de cada pierna.

—¡Qué raro!, estos no son de la residencia, pero los acompaña Paula...

—Un momento de atención, por favor. Estos chicos tan majos que tenemos aquí os quieren contar una cosa.

Eusebia estaba agitada, no paraba de moverse y de reír encantada con la idea. A Agustí le parecía una bobada, ¿cómo iba él a andar en redes sociales si con sus grandes y torpes dedos casi no conseguía coger las llamadas? Pablo, en cambio, sentía curiosidad. Siempre veía a sus sobrinos enganchados a sus teléfonos móviles. Aquellos dos jóvenes eran una invitación para descubrir lo que la juventud tanto adoraba detrás de las pantallas.

La idea era que las personas de edad avanzada o “la gran edad”, como ellos querían llamarla, tuvieran espacio y voz en las plataformas sociales, abrir un nuevo canal de comunicación donde pudieran compartir su experiencia y sabiduría, sobre todo, con los más jóvenes. Para ello, los dos

muchachos se encargarían de entrevistar, filmar y fotografiar a los mayores que quisieran participar en el proyecto. Todo esto con una estética *vintage* y empoderante. La primera semana la pasaron presentándose mediante pequeñas entrevistas. En seguida publicaron vídeos y fotos para darse a conocer, y los implicados pronto empezaron a perder el miedo. A partir de entonces la temática fue variando: les preguntaban por su vida, por su pasado, los acontecimientos que más les habían marcado, sus mayores equivocaciones, qué habían aprendido de ellos... Sentaba bien rememorar todo aquello, reflexionar sobre lo conseguido y proyectarlo hacia el futuro de aquella manera, pues ya tenían muchas visitas y seguidores, una gran mayoría muy joven. Compartir aquellas experiencias con la juventud, responder a sus preguntas y verse reconocidos en un medio que les era tan extraño les hacía volver a sentirse útiles, incluso interesantes.

Jorge, el chico de la sudadera, nos propuso hacer una sesión de fotos con peluquería, maquillaje y varios cambios de vestimenta. Según decían, no se trataba de disfrazarnos sino de sacar la mejor versión de nosotros mismos. Y la verdad es que así fue; a pesar de los mimos, las fotos quedaron muy naturales; en la residencia, con nuestra ropa habitual y rodeados de amigos. Los resultados fueron estupendos: cuanto mejor nos lo pasábamos, más chulas y transgresoras salían las fotos. Hacía mucho que no nos veíamos así de radiantes, lo ocurrido en las últimas semanas también influía. Tanto dentro como fuera de las pantallas, la gente estaba encantada. Cada vez teníamos más seguidores y más interacciones. Nos veían, nos escuchaban, nos preguntaban... Subíamos vídeos, fotos y también empezamos a hacer retransmisiones en directo. Proponíamos un tema, nos juntábamos dos o tres para darle una vuelta a lo que podíamos decir sobre aquello, y los domingos a la hora acordada nos instalaban el móvil con varios micrófonos y un pequeño trípode. Esa semana hablaríamos del amor. Varias personas nos habían escrito preguntando sobre nuestra experiencia en ese ámbito, queriendo resolver también algunas dudas. Nos pedían consejo. Eusebia, Agustí y yo fuimos los elegidos para esa sesión. Tanto Agustí como Eusebia habían estado casados, pero, tras quedarse viudos, se conocieron y ya llevaban varios años como pareja. Eran de las pocas que había en la residencia,

y nos pareció conveniente contar su historia. Dedicándome desde joven al trabajo a tiempo completo, yo nunca había estado casado ni había protagonizado ninguna historia de amor. No sabía muy bien qué pintaba yo allí, pero mis amistades me condujeron a ello. Ciertamente era que estaba muy unido a mi familia y había tenido varias amistades muy significativas, por lo que pensé que podría hablar del amor en la amistad y en la familia.

Hacía un día excelente, un día de comienzos de primavera, de temperatura cálida y luz rosácea. Decidimos hacer la retransmisión desde el jardín. Instalamos una mesa tipo picnic y nos servimos un aperitivo. Después de varios minutos de cortesía, Eusebia empezó a hablar. Contaba cómo conoció a su difunto marido, su primer y único novio hasta el matrimonio, su experiencia de convivencia en pareja durante tantos años, su luto y cómo después se enamoró de Agustí. Nuestros espectadores estaban muy atentos, preguntaban constantemente tratando de escudriñar cada detalle, de descubrir la ansiada fórmula mágica de un amor duradero. A pesar de que el número en la pantalla superaba las mil visitas, la atmósfera era muy íntima. Embriagado por las palabras de amor de Eusebia —y muy probablemente por el vermú también—, Agustí relató su historia de amor con Eusebia, dirigiéndole palabras de afecto que jamás habría imaginado pudieran salir de su boca de aquella manera. Llegó mi turno. Relajando un poco la carga tan emotiva del discurso, comencé a contar mi historia. Hablé de mi familia, de la relación de mis padres, de mis hermanos y sus parejas, y de mi relación con mi familia, del amor que sentía por todos ellos. Todo era muy tierno. Continué hablando de mi buen amigo Óscar, de Juana y su marido, y de Javier, mi gran amigo de la infancia. La unión con éste fue especialmente profunda.

—Javier y yo nacimos en la misma localidad y fuimos al colegio juntos. Al vivir en un pueblo tan pequeño, nos conocíamos desde siempre. Crecimos juntos; no solo pasábamos tiempo en la escuela, cuando terminábamos, Javier y yo nos pasábamos las tardes jugando, leyendo, íbamos al río... De adolescentes nos encantaba salir a gamberrear con nuestras motos a los pueblos de alrededor. Éramos uña y carne, no conocíamos la vida sin el otro. Crecimos y fuimos descubriendo la vida juntos, el uno al lado del

otro. Cuando Javier se fue a Madrid a la universidad, yo me fui con él. Empecé a trabajar en un pequeño bar y, con ese dinero y el que le daban sus padres, compartíamos un pequeño piso, nuestra primera guarida en pleno centro de Madrid. Nos volvimos locos en la capital, conocimos a mucha gente. En la universidad Javier conoció a Lucía, una chica granadina con la que compartía carrera, y que en seguida empezó a formar parte de nuestro día a día. Lucía no era sino una prolongación de la conexión que Javier y yo teníamos, se sentía natural su presencia ahí, expandía nuestra alegría. Creamos nuestra pequeña familia. Cuando terminaron la carrera, Javier y Lucía se casaron, y fue entonces cuando a Lucía le entraron ganas de ser mamá. Se trasladaron a Granada para que la familia de Lucía les ayudara con los críos. Yo me quedé en Madrid, pero en cuanto podía iba a verlos. Lucía estaba totalmente centrada en sus hijos. Javier, en cambio, quería volver a Madrid. Esto les generó tensiones y yo dejé de ser bienvenido en aquella casa. Según Lucía, mis visitas le recordaban a Javier lo que él no podía tener. Aun así, Javier y yo nos estuvimos escribiendo un breve tiempo hasta que todo terminó de romperse. Hace unos años él falleció... Yo siempre sentí una gran admiración por mi amigo.

aaland 99 ha escrito un mensaje: —¿pensaste en pedirle a Javier que volviera a Madrid contigo?

—Me acabáis de preguntar si pensé en preguntarle a Javier que volviera a Madrid conmigo. La verdad es que lo pasé muy mal, nunca había vivido sin Javier y el tenerlo tan lejos lo hacía todo muy difícil. Yo nunca me paré a pensar que en algún momento nuestras vidas se iban a separar. Simplemente, fuimos construyendo nuestra vida y la suya lo llevó a Granada. Para mí fue duro que se fueran, pero lo entendía. Era lo que había que hacer en ese momento. Cuando empezaron a tener problemas entre ellos, yo quería que Javier se apoyara en mí, pero algo cambió en él y empezó a estar ausente, a no devolverme las llamadas. Así que no tuve más remedio que desistir y tratar de rehacer mi vida. Aun así, Javier fue un gran amigo para mí, probablemente la persona más importante en mi vida. Nunca olvidaré todo lo que un día nos unió.

_g.mayer ha escrito un mensaje: —¿q era lo q más admirabas de Javier?

—“Lo que más admiraba de Javier...” Pues, yo diría que todo. Compartíamos mucho, nos tomábamos mucho el pelo, él era todo un gamberro, pero también muy inteligente. Poseía ese tipo de astucia que, mezclada con la justa cantidad de extroversión, lo hacía irresistible a los ojos del mundo. Era muy fácil querer a Javier, solo muy pocas personas no lo hacían, aquellas a las que les corrompía la envidia. Javier era muy bueno, admiraba mucho la manera en la que trataba a la gente a su alrededor... O cómo era capaz de leerme el pensamiento, el equipo que hacíamos ayudándonos el uno al otro. Incluso cuando discordábamos, él era capaz de entender de dónde nacía mi sentimiento. Fuimos muy felices, lo eché mucho de menos cuando perdimos el contacto.

nAty_power ha escrito un mensaje: —¡qué bonita amistad!

alexanumu ha escrito un mensaje: —¡amistad no, maja!! Esto suena a amor puro y duro...

Pablo enmudeció al leer los mensajes. Por un momento se arrepintió de haber compartido todo aquello. El vermú, el sol y aquella quietud le habían hecho pronunciar palabras que hasta entonces sólo habían pertenecido a la intimidad de su pensamiento.

—Javier lo fue todo para mí. Lo que sentía por él no lo he vuelto a sentir por nadie y estoy seguro de que él tampoco llegó a encontrar nada similar. Javier fue lo más parecido que he sentido al amor. Se puede amar de muchas maneras y nosotros tuvimos la nuestra.

—Albert, deja ya el móvil que se te va a enfriar la comida.

—Mamá, ¿por qué el tío Pablo nunca se casó?

—Pues no sé, nunca tuvo ese interés... De joven salía mucho con un amigo suyo con el que estaba muy unido, y tampoco nos presentó a ninguna chica.

—¿Como la prima Joana con Laura?

¿CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE MEJOR?

NÚRIA FREIXES MIRÓ

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

ALFONSO, SENTADO en una de las múltiples sillas que adornaban el pasillo central de su nuevo hogar, miraba por la ventana. A través de ese ventanal mojado a causa de la llovizna, se veía el patio desde arriba: hierba húmeda, piedras con moho que dibujaban un pasillo hasta llegar a la escalinata por la cual se accedía al interior del geriátrico, y una barandilla que, en algún momento de las últimas treinta décadas, debió de ser negra. Pero Alfonso no observaba ese gris escenario; Alfonso miraba el tímido reflejo que se intuía por el cristal de la ventana. El anciano miraba directamente hacia sus ojos medio entelados, de un color azul demasiado pálido, observaba sus varias arrugas que creaban un mapa por todo su rostro, sus labios finos y agrietados como la tierra en el desierto, en forma de mueca triste, y su pelo blanco, fino, escaso. Desvió la mirada hacia sus toscas manos las cuales descansaban sobre su regazo tapado con una manta gris. De un instante a otro, su silla se empezó a mover. Una joven enfermera lo empujaba hacia el gran comedor. Debía de ser hora de comer o de cenar, a Alfonso poco le importaba.

—Carol, aquí te dejo al señor Alarcia, con él ya estarán todos los de la planta tres.

Alfonso seguía mirando sus manos. No sabía quién era Carol, pero suponía que era la encargada de darle de comer.

—¿Cómo vamos, Alfonso? —preguntó otra enfermera, de unos cuarenta años, delgada y bajita— ¿No me vas a querer hablar hoy tampoco?

Alfonso supuso que no era la primera vez que le hablaba, pero ni cuando la mujer se agachó para mirarle directamente a la cara, él no la reconoció.

La cena pasó lentamente. A pesar del empeño de Carol, a Alfonso le costó terminarse el puré naranja e insípido que le habían cocinado. Otra enfermera, de la cual tampoco le sonaba la cara, lo empujó hacia su habitación, le puso el pijama y lo tapó con una gruesa manta que picaba. Era, como Alfonso las denominaba, una “enfermera fantasma”: no le hablaba, apenas lo miraba y era de las que hablaban sobre él como si no estuviese delante. A veces pensaba que el fantasma era él.

La suave llovizna se había vuelto más fuerte y el repicar de las gotas en su pequeña ventana no le dejaban dormir. Empezó a dar vueltas en la cama vigilando de no poner peso sobre su rodilla mala (si es que tenía una peor que la otra) y tratando de no moverse muy bruscamente para no dañar su frágil cadera reiteradamente operada. A sus ochenta y cinco años Alfonso no estaba tan mal, alguna operación aquí y allá, un cáncer que no fue más que otra mala época y algún que otro despiste a causa de la edad. Alfonso no hablaba porque no tenía nada que contar ni nadie a quien contárselo. Las enfermeras, las que no eran “fantasmas”, sabían que entendía todo lo que ocurría a su alrededor a la perfección y que, si él quisiera, les podría hablar con un excelente castellano.

Pasó más de una hora y media hasta que Alfonso se dio cuenta de que tenía la almohada empapada, pero no era a causa de la lluvia, sino de sus lágrimas. Le ocurría a menudo cuando dejaba su mente corretear por sus recuerdos como una pequeña criatura salvaje. El pequeño animalillo había ido lejos, muy lejos en su memoria, cuando su madre aún seguía viva. Una imagen difusa, borrosa, pero real: su madre en una diminuta cocina, mientras murmuraba un poema, y Alfonso acercándose poco a poco, agudizando el oído y logrando escuchar el final de esos versos que decían: cómo, a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor.

Una pequeña sonrisa cruzó el triste rostro del anciano. Pensar en su madre le hacía estar feliz y abatido. Cuántas injusticias vivió esa mujer, cuánto sufrimiento y cuánta miseria... Él se acordaba de ese fragmento recitado por su progenitora. Durante todo ese día, el pequeño Alfonso reflexionó

mucho en por qué a su madre le gustaba ese poema de Jorge Manrique. Al él, con ocho o nueve años, no le parecía que el tiempo pasado fuera mejor, él esperaba que su futuro fuese la mejor época de su vida. El pequeño Alfonso tenía planes, no muy ambiciosos, pero planes, al fin y al cabo.

Un trueno sobresaltó al somnoliento anciano. Se frotó la cara y dio un par de vueltas más en la cama. Pasaron varios minutos hasta que tuvo que encender la tenue lamparita de su mesilla de noche para alcanzar la botella de agua que nunca rellenaba, pero que siempre estaba allí. Tras dar un par de sorbos, se quedó sentado en la cama jugando con el tapón.

Empezó a pensar en los planes que el niño Alfonsín tenía en mente: encontrar una buena esposa, amable, servicial y buena madre. Tener un par de hijos, comprarse una casa y ser un buen proveedor. Alfonso dejó caer el tapón azul al suelo y volvió a tumbarse en la cama.

Se casó hacía mucho tiempo, con veintitrés años. Su mujer falleció diecinueve años atrás, y Alfonso jamás la echó de menos. Sus dos hijas no iban a verlo. La casa sí que se la compró, pero tuvo que venderla para costearse la barata residencia donde ahora vivía. ¿Y cualquier tiempo pasado fue mejor?

Otra vuelta más en la cama. De nuevo, pasados unos minutos, el salvaje bicho, que de vez en cuando investigaba en la mente del señor Alarcía, volvió a hacer de las suyas. En esa ocasión había una cara, unos labios, unos rizos y un nombre: Rocío, el verdadero y prohibido amor de Alfonso. Esa noche con ella sí que fue mejor que cualquier otra con su esposa, pero el recuerdo de sus caricias, sus piernas, su respiración y su olor le dejó una quemazón casi inaguantable en el pecho que, incluso treinta años después, seguía doliendo.

Puso su antebrazo detrás de la cabeza y clavó la vista en la nada, en la oscuridad, en el fondo de sus recuerdos. Marcela, su esposa. Se casó cuando pensaba que estaba enamorado de ella, pero qué poco tardó en darse cuenta de que nunca lo estuvo... Marcela, buena, inocente, lúgubre, servicial, cocinera, madre. Rocío, salvaje, pícara, alegre, rebelde, luchadora, amante. La única vez que a Alfonso le pareció que había algo aparte de agua destilada dentro de las venas de Marcela, fue cuando le confesó su infidelidad.

La mujer levantó la voz, le echó la culpa de algo que ya no recordaba y se encerró en su cuarto dando un portazo.

María Luz y Pilar: hijas, jueces, castigadoras. Alfonso se esforzó por ser un buen padre. Les compraba todo lo que necesitaban, les enseñaba todos los buenos modales que una señorita debía tener, las regañaba cuando hacía falta y no les dejaba hacer lo que no debían. Años después, ellas lo culpan por la muerte de su madre, por la pena de su madre, por la vida de su madre y por la tristeza de su madre. Lo juzgan por sus pensamientos de hombre de bien que, según ellas, hacen el mal; por querer que sean mujeres respetables y respetuosas que, según ellas, ya no se lleva; por querer que se casen para tener una buena vida que, según ellas, ya no hace falta. Y lo castigaban. Alfonso no recuerda cuando fue la última vez que lo visitaron. Una de ellas estaba embarazada, pero él estaba enfadado.

¿Cualquier tiempo pasado fue mejor? La vida del señor Alarcia tenía color gris y olor a alcohol. El brazo en el que apoyaba la cabeza se le empezó a dormir. Miró por la ventana liberando su extremidad y vio que empezaba a clarear un poco, ya no llovía.

Apretó fuerte los párpados y se sentó en la cama. Dolor. Se miró el brazo izquierdo, le dolía casi tanto como el pecho. Buscó el botón rojo de emergencia, lo cogió con la mano derecha y, tras un par de segundos de duda, lo soltó. “Por fin”, pensó. Alfonso nunca había visto el sentido a la vida, el alcohol se encargó de eso; jamás creyó que cualquier tiempo pasado fue mejor. El sufrimiento acumulado durante toda su vida, desde los golpes que recibió por parte de su padre hasta los que le propinó él a su mujer, tanta violencia le aseguró que ningún tiempo fue mejor, ni pasado ni presente, y el futuro nunca era suficiente.

Cayó al suelo y vio salir el sol mientras apretaba los dientes y se agarra fuertemente el pecho. Perdió la noción del tiempo, pero a medida que el dolor se disipaba y la habitación estaba cada vez más iluminada, el moribundo animalito que surcaba por su mente logró ir más lejos: vio una boda, una reluciente mujer de blanco, una joven y bellísima Marcela agarrada del brazo de un pletórico Alfonso. Se encontró con dos gemelas, con apenas un año de vida que dormían abrazadas y seguras encima de un

padre que no les quitaba ojo. La pequeña criatura se encontró a Rocío y, con ella, la ilusión, las locuras por amor, las mariposas en el estómago y la pasión desenfrenada. En los recuerdos del señor Alarcía había amigos, compañeros y camaradas, risas, secretos y fiestas. También estaba su madre, dulce y protectora. El bichito dentro de la cabeza de Alfonso siguió escarbando y, más allá de canciones, viajes y fiestas, encontró una idea que nunca quiso aceptar como verdad: cualquier tiempo pasado fue mejor.

LA VOZ DE MIS ABUELOS

AITANA FRANCO BERNAD

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1.º Y 2.º DE BACHILLERATO Y CICLOS
FORMATIVOS

LA PRIMERA semana de diciembre, mis padres ya dieron comienzo a los preparativos de la Navidad: mi padre fue a buscar el árbol al trastero oscuro y atiborrado, que los vecinos compartimos y que está en el vestíbulo del edificio donde vivo, y mi madre sacó las cajas con las figuras del Belén del altillo del armario donde las guarda, a salvo de todos los innumerables peligros que, por lo visto, podrían correr si las guardara en cualquier otro sitio.

El edificio es muy antiguo, de antes de la Guerra Civil. Una placa de piedra ornada con unos arabescos preside la gran puerta de entrada y anuncia la fecha en que fue construido, 1929. El vestíbulo tuvo un suelo de baldosas hidráulicas, paredes recubiertas con paneles de oscura madera y una portería. Estaba destinado a lo que mi madre denomina “personas pudientes”, y mi padre, “ricachones”. Sea como fuere, los primeros propietarios se marcharon y llegaron otros. En los años ochenta del siglo pasado, se decidió acometer una reforma integral, que había de incluir la zona de entrada, el ascensor y los rellanos. Empezaron por el vestíbulo, cambiando la madera y las baldosas hidráulicas por anodinas baldosas de gres de color gris, imitación del mármol, y reconvirtiendo la portería en trastero comunitario, una reforma que mi madre siempre califica de desafortunada. Quizás para evitar que el adjetivo fuera más peyorativo, o quizás porque se acabó el dinero destinado a las obras (más bien esto último), se salvaron el ascensor, que tiene dobles puertas de hierro forjado y madera con cristales esmerilados y un banco interior forrado de terciopelo verde oscuro, y las

barandillas de las escaleras, también de hierro forjado, y pasamanos de madera labrada.

El domingo anterior a la Purísima, como cada año, colocamos el árbol en el pequeño recibidor de nuestro piso, y mi padre y yo lo adornamos. El árbol es pequeño y de plástico, pero a mi padre le gusta porque dice que es limpio, no deja agujas por el suelo y, como el espacio donde va destinado es minúsculo, su tamaño no desentona. Las bolas que tenemos son antiguas, de cerámica pintada con motivos navideños. Yo las miro con profundo desagrado, pero mi padre, que intuye mis pensamientos, sonrío y me explica que así hacen juego con el entorno (se refiere a la placa de entrada del edificio, al ascensor y a las puertas de las viviendas, que conservan unas grandes mirillas de latón). En realidad, lo que pasa es que mi madre, a pesar de mis ruegos, se niega rotundamente a cambiarlas por otras más modernas, como las preciosas bolas de plástico plateado que adornan el árbol de la entrada del centro comercial, y se niega también a dar ninguna explicación del porqué de esa negativa, por más que yo insisto en pedirse-la. Después de colocar las bolas, mi padre rodeó el árbol con una tira de luces de colores que, al encenderse, produjeron destellos iridiscentes, y en ese momento mi corazón se encogió porque la Navidad estaba a punto de llegar.

Y el 8 de diciembre, el día de la Inmaculada Concepción, mi madre se encargó de poner el Belén, también como cada año. Cuando yo era pequeña, el Belén permanecía hasta el día de la Candelaria, el 2 de febrero. Pero ya hace algunos años que mi madre ha cedido a los ruegos de mi padre y lo recoge el 7 de enero, una vez pasado el día de Reyes. Las figuras del Belén, según explica mi madre, fueron hechas por artesanos murcianos, y son de barro, frágiles y muy caras (como ella se encarga siempre de recordar). En consecuencia, no deja que nadie las toque, sobre todo yo, que soy muy torpe. Siempre, después de desembalar cada figura con un cuidado exquisito, va creando las diferentes escenas que, según ella, conforman un Belén: el Nacimiento, la huida a Egipto, la Anunciación a los pastores, los Reyes Magos. Cuando acaba, contempla con inmenso orgullo su obra y

exige admiración, lejana, eso sí, no nos fuéramos a acercar demasiado y rompiéramos alguna de las preciosas figuritas.

Él único que ha tenido ese privilegio y ha vivido para contarlo ha sido Lío, mi gato blanco y negro. Tiene tres años y lo recogí de la calle cuando no tenía ni dos meses. Hacía días que vagaba solo por las inmediaciones del portal un animalito escuálido que no paraba de maullar cuando veía a alguien. Y una tarde no lo resistí más, lo cogí en brazos, entré en casa y lo escondí en mi habitación. En realidad, creo que ni siquiera puedo decir que lo llegara a esconder, pues mi madre tardó aproximadamente tres segundos en llegar y detectar su presencia, y eso que Lío estaba tranquilito dentro de una cama improvisada que le había preparado con una caja de cartón y una manta, después de alimentarlo y darle de beber. En cuanto oí la puerta de casa cerrarse, corrí hacia la entrada con la vaga idea de entretener a quienquiera que hubiera llegado (mi madre o mi padre) con alguna anécdota de lo acontecido en el instituto. La verdad es que no tenía ningún plan preestablecido, me había guiado por un impulso irreflexivo e iba improvisando sobre la marcha. Sin embargo, no tuve que pensar mucho más; sea porque mi madre detectó de forma inmediata mi nerviosismo y ató cabos, o simplemente por casualidad, el caso es que se dirigió sin vacilar hacia mi habitación, abrió la puerta y posó la mirada en la acusadora caja de cartón que yo había arrinconado debajo de la mesa de estudio, pero que se veía perfectamente, a pesar de que había intentado esconderla detrás de la papelera. En aquel momento, Lío maulló y yo me rendí y empecé a explicarle atropelladamente los motivos por los cuales había recogido un animal de la calle y lo había traído a casa, sin previo aviso ni permiso, y temblaba intuyendo el castigo del que era merecedora. Pero entonces, se obró un milagro. Mi madre, en lugar de ponerse echa un basilisco, como yo misma creía y esperaba, cogió a Lío en brazos, lo acarició y, sin mucho convencimiento, dijo que no nos lo podíamos quedar, que los animales daban mucho trabajo y que tendríamos que buscarle un dueño. Aquella noche oí los cuchicheos de mis padres, mi madre intercediendo por mí y por Lío y asegurando que al día siguiente se pondría manos a la obra en la búsqueda de un hogar, la protectora estaba descartada porque, según

argumentó, seguro que estaba desbordada debido a los numerosos animales abandonados que tenía que atender. Mientras mi padre insistía en la imposibilidad de hacernos cargo de un animal, enumerando todos los desastres que podían suceder en caso de ceder, e insistiendo en que, si no encontraba a nadie interesado en tener un gato común, que era lo que él pronosticaba, mi madre llamara de todas formas a la protectora. Al cabo de dos semanas, Lío se había convertido en el rey de la casa y nadie hablaba ya de búsquedas de hogares: había encontrado el suyo.

La primera Navidad que pasó entre nosotros, Lío consiguió la proeza de subirse encima de la repisa del bufet dónde mi madre había colocado el Belén, pasearse entre los pastorcillos, las lavanderas, las ovejas y las montañas de corcho, romper únicamente una de las figuras y que mi madre no lo echara de casa, que ni siquiera lo castigara. Eso sí, le cayó un buen rapapolvo y mi madre se apresuró a cambiar el Belén de sitio, colocando las escenas en la estantería más alta de la librería del comedor. En cuanto a la figura rota, mi padre consiguió recomponerla, pegando el brazo y parte de la cabeza con cola. —Casi ni se nota —anunció satisfecho, sosteniéndola en lo alto con la mano. La verdad era que sí que se apreciaba el desperfecto, pero yo callé por motivos obvios y mi madre, más sorprendentemente todavía, decidió que había aumentado su belleza. Explicó que los japoneses recomponen los objetos rotos porque eso forma parte de la vida y de esta forma esos objetos se vuelven únicos y ganan en belleza. —Aunque mejor que no tengamos que recomponer más figuras —añadió a modo de advertencia.

Con mi familia celebramos siempre la Nochebuena. Vienen todos a cenar, cada año el mismo menú: cardos en salsa de almendras, dorada al horno, tronco de chocolate y turrone. Únicamente varían los entrantes, que dependen del humor y la predisposición de mi madre: unos años consisten en tartaletas, canapés y mini pastelitos rellenos de diferentes exquisiteces, y otros, en una tabla de quesos, jamón y paté para untar tostaditas. Todo está servido en los platos de porcelana francesa, blancos con filigrana dorada, que mi madre saca solamente ese día y que se niega a lavar en el lavavajillas (“podrían perder al hilo dorado”, aduce). Todo se come con los cubiertos de alpaca grabados con motivos florales que también hay que

lavar a mano porque de lo contrario podrían malmeterse. Y, como dice mi padre, la comilona se sirve regada con vino blanco del Penedés, tinto de Rioja y cava de Raimat, servidos en las copas de vidrio tallado que mi madre saca del bufet y al cual volverán a la mañana siguiente hasta la próxima Nochebuena.

Pero a pesar de que este año hemos hecho todo esto, como siempre, estas Navidades han sido diferentes. Porque, por primera vez, mis abuelos no han estado. A pesar de los adornos que hemos puesto, de las comidas que hemos hecho, de los villancicos que hemos cantado, sobre todo por esto último, la tristeza ha impregnado estos días como el espeso manto de niebla que cubre las calles de mi ciudad las mañanas de invierno, y la ilusión y la magia que antes revoloteaban sobre los adornos navideños, sobre los regalos colocados bajo el árbol, se han marchado con ellos.

Mi abuelo se colocaba en la cabecera de la mesa rectangular, de presidente, decía mi padre riendo. Y nos observaba a todos desde esa posición privilegiada, con mi abuela a su lado, los dos felices de ver a sus hijos, a sus nueras y a sus nietos y nietas reunidos, celebrando todos juntos la Navidad. Siempre nos preguntaba por las notas, por los estudios, como él decía.

—Tenéis que estudiar mucho —insistía y nos explicaba anécdotas de personas que a base de estudio y tesón habían conseguido progresar, hacer un descubrimiento o, simplemente, ser felices—.

Gracias a él conocí la historia de Pasteur, el sabio que no podía dormir hasta que consiguió la vacuna contra la rabia, y de María Moliner y su diccionario. Insistía mucho en la importancia del conocimiento y del buen uso del lenguaje y siempre me corregía cuando utilizaba una palabra o una expresión que él consideraba poco adecuada o directamente incorrecta. El primer libro que nos regaló a cada nieto fue *Corazón*, del escritor italiano, Edmondo de Amicis. Según explicaba, era un libro que todos los niños debían conocer. Yo era pequeña y, a pesar de las ilustraciones que acompañaban el texto, no podía leerlo. Mi madre decidió poner remedio, y cada noche me leía algunas páginas, hasta que completó el libro. Fue así como se enteró de que una serie de dibujos animados muy famosa que veía de pequeña estaba basada en un relato que contenía el libro.

—Ya le podrás decir a tu abuelo que lo has acabado, se pondrá contento —dijo cuando leyó la última línea—.

A pesar de que mi madre y mi abuelo no congeniaban, mi madre lo respetaba y admiraba su interés por mis progresos académicos.

—Es que el abuelo, de joven, era anarquista, de la CNT —me explicó mi padre— y los anarquistas daban mucha importancia a los estudios, creían que sólo a través del conocimiento la sociedad podría progresar.

—Bueno, en realidad en eso no andaban desencaminados —terció mi madre— aunque si os vieran ahora se volverían todos a sus tumbas —añadió—.

Yo sabía que lo decía porque, según ella, si los jóvenes dedicáramos la mitad del tiempo que pasábamos con el móvil a estudiar, ya habríamos descubierto el origen del universo.

Cada año, al llegar los postres, mis primos y yo empezábamos a cantar villancicos, con nuestras voces desentonadas pero alegres, y nos desgañitábamos con la burra que se iba a Belén y las campanas que tocaban los ángeles, y los peces que bebían en el río sin parar. Mi abuela ya no recordaba nuestros nombres, pero en cuanto empezaban a sonar las primeras notas se unía a nosotros y nos acompañaba con su voz clara y armoniosa. Entonaba muy bien y siempre acababa sola los estribillos, mientras nosotros la escuchábamos embelesados. Y cuando ya habíamos agotado todo el repertorio de villancicos, ella continuaba con las canciones de su juventud, y nos recordaba que había un gato que estaba triste y azul, y que alguien se había marchado y había llamado a su barco libertad, que habría una gran noche, y, sobre todo, su preferida, la de la mujer que cada nueve de noviembre recibía un ramito de violetas. A veces pienso que se identificaba un poco con esa historia, no porque ella recibiera versos y flores, sino porque mi abuelo, a pesar de que era incapaz de expresarlo con palabras, la quería muchísimo y ella lo sabía.

Mi abuelo estaba sordo y desentonaba de forma atroz, además tenía una voz ronca, en absoluto armoniosa, pero a pesar de ello, nosotros insistíamos en que se uniese a nuestros cánticos. Él nos miraba, serio, después nos dirigía una sonrisa un poco torcida y, cuando ya habíamos acabado el

repertorio de villancicos, ¡empezaba a cantar La Marsellesa! El himno de los revolucionarios y de la libertad, nos explicaba.

Este año, antes de empezar a cenar, todos contemplamos los dos asientos vacíos. Yo sabía que habíamos estado a punto de anular los festejos, y que al final habíamos decidido seguir adelante porque era lo que mis abuelos hubieran querido.

—Creo que tus padres, donde quiera que estén, serán muy felices si nos ven a todos juntos —oí que mi madre decía a mi padre—.

En el momento en que nos íbamos a sentar, hubo un instante de vacilación, mi padre y mis tíos agacharon las cabezas y todos nos sumimos en un silencio triste. Entonces, sin decir nada, el tío Paco, el mayor de los hermanos, se sentó en la cabecera y su mujer, la tía Pilar, se sentó a su lado. Mi madre apretó los labios y empezó a explicar los ingredientes de los diferentes entrantes que había preparado.

—Este de ahí —decía señalando unas tartaletas— está hecho con confit de pato, y este otro —indicando unos rollitos de pasta brisa— con langostinos.

Le brillaban los ojos, pero consiguió acabar la explicación sin perder la compostura. Y al llegar a los postres mis primos y yo nos miramos y, sin intercambiar ni media palabra, ¡empezamos a cantar todos juntos La Marsellesa!

OLOR DE ACEITE CRUDO Y DE VINO RANCIO

ADRIÀ GONZÁLEZ GRAELL

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1.º Y 2.º DE BACHILLERATO Y CICLOS
FORMATIVOS

CUALQUIER TIPO de repostería, tradicional o moderna, de nata, crema o chocolate, de porciones pequeñas, de la que puedes comer de un solo bocado, o pasteles enormes que rebosan chocolate por todos los lados. Sin duda, este era el plato preferido de mi abuela. Lo recuerdo perfectamente porque había sido una mujer de comer poco, como un pajarillo, pero era incapaz de saltarse el postre de cualquier comida. No importaba si los entrantes o el plato principal habían sido cocinados con mucho esmero, para mi abuela, el postre resultaba la mejor parte de una comida y el único plato sobre el cual depositaba toda su atención.

No es que piense mucho en mi abuela. De hecho, creo que pienso en ella más bien poco. El ajetreo de la vida diaria, llena de rutinas, obligaciones y pocos placeres, nos deja poco tiempo para nosotros. Es difícil encontrar momentos para poner el freno y dedicarnos a descansar, a reflexionar y a pensar en las cosas que hacemos y que no hacemos. Por eso, en las pocas comidas familiares que todavía hacemos con mi hermano y mis padres, cuando llega el postre, es inevitable que me venga a la cabeza, aunque solo sea por unos segundos, la imagen de mi abuela saboreando su postre preferido.

Si tuviera que decir la época que me recuerda más a mi abuela diría que es el verano, porque nos íbamos toda la familia a la casa del pueblo, que era la casa donde ella se crío. Las semanas que pasábamos allí, mi abuela se transformaba en otra persona. Era como si se le cargasen las pilas, como si la casa le transmitiese energía a raudales. Estaba todo el día de aquí para

allá, de una habitación a otra, organizando, distribuyendo, mandando. Realmente parecía otra persona, dejaba de ser la vieja de la ciudad para convertirse en la joven del pueblo.

La casa era la típica casa del pueblo. Estaba construida con las típicas piedras de las casas del pueblo, con ventanas pequeñas y puertas grandes. Era una casa robusta: ancha y no muy alta, como mi abuela. Recuerdo perfectamente el olor que desprendía la casa. Cuando entrabas en ella, el olor se apoderaba de ti y ya no te dejaba hasta que no volvías a la ciudad. Es un olor que no he percibido en ningún otro sitio, solamente en la casa del pueblo. Aunque lo recuerde perfectamente, soy incapaz de describirlo. Es como una mezcla de aceite crudo y vino rancio, o algo así. Como acabo de decir, soy incapaz de describirlo.

Desde que mi abuela ya no está con nosotros, voy muy poco a la casa del pueblo. Y no es que no me guste ir al pueblo, es que mi abuela ya no está. Por eso ya no voy. La primera vez que entré en la casa después que mi abuela se hubiese ido, tuve una sensación horrible. Como si me dieran un puñetazo en el vientre. Como si me arrancaran el estómago por la boca. Como si me quedara sin poder respirar. Como si me pasaran estas tres cosas a la vez. Esta sensación estremecedora me impidió volver a la casa del pueblo durante muchos años. Lo más curioso del caso es que cuando mi abuela estaba con nosotros la sensación de estar en la casa del pueblo era maravillosa, me sentía protegido, invencible, con un mundo que se me abría y que no tenía límites. Supongo que lo que me provocaba este sentimiento no era la casa en sí misma, sino mi abuela, mi abuela que ya no está, y que era como la casa del pueblo, ancha y no muy alta. A veces he pensado que, en lugar de irse mi abuela, se podía haber ido la casa.

La última vez que volví a la casa del pueblo fue casi por casualidad. Era el primer día de las vacaciones de verano cuando tuve el impulso de visitarla. Hacía muchos años que nadie entraba en la casa. Alguna vez entró alguien a arreglar alguna tubería que se había roto a causa de las heladas del invierno, pero nadie más. No sé muy bien por qué tuve ese impulso. Tampoco sé por qué lo seguí. En todo caso, lo único que cuenta es que volví a la casa del pueblo.

Cuando abrí la puerta, lo primero que me recibió fue ese olor, el olor de la casa. Ese olor que no soy capaz de describir. Ese olor de aceite crudo y vino rancio, o algo así. Me sorprendió volver a sentir ese olor, pensaba que después de tanto tiempo ya se habría ido, como mi abuela. Sin embargo, todavía estaba allí. En el primer instante, una alegría infinita me invadió el corazón. Por un segundo, volví a ser el niño que pasaba el verano en la casa del pueblo, que tenía un mundo por delante y una abuela al lado. Pasado este primer instante, una tristeza infinita se apoderó de mí. Los recuerdos de mi infancia dejaron de ser felices porque era imposible que se repitiesen, que volvieran, como mi abuela.

Cuando entré en la casa, estuve vagabundeando por las habitaciones durante mucho rato. Abrí las puertas de los armarios de las habitaciones y los cajones de la cocina, como si estuviera buscando alguna cosa. Pero no estaba buscando nada. También miré detrás de las puertas y debajo de las camas, como si hubiera perdido algo. Pero no había perdido nada.

En una de las habitaciones encontré una caja metálica de galletas llena de fotografías. Empecé a revisarlas y encontré fotografías de instantes de cuando yo era niño. La felicidad que reflejaba mi cara en esas fotos se trasladó a mi corazón. La mejor época de mi vida fue la que pasé en el pueblo en verano. Sin embargo, en el mismo instante en que vi esa fotografía, toda la alegría que sentía hasta ese momento se convirtió en un puño que me golpeó el estómago. Aunque parezca mentira, por unos instantes me faltó la respiración y todo a mi alrededor empezó a tambalearse. Lentamente, una tristeza infinita empezó a apoderarse de mí. Empezó en el estómago, como el pinchazo de un alfiler, y poco a poco fue ocupando toda la barriga. Después, subió hasta envolver el corazón como un envoltorio. Al final, llegó hasta mis ojos, provocando que una pequeña lágrima se desprendiera de mi ojo derecho. Esa fotografía, donde mi abuela se comía un trozo de tarta de nata y fresas, me partió el alma y descubrí que los recuerdos de mi infancia, los más felices de mi vida no volverían jamás, como mi abuela, y que tendría que aprender a vivir sin ella.

CANELA Y JENGIBRE

SARA ESCOLÀ VIDAL

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3.º Y 4.º DE ESO

OIGO EL ruido de las chispas del fuego en el silencio, siento la calidez que alivia el frío del suelo en el que estoy sentado. Ese olor dulce tan relajante, unos pies delgados y arrugados, tapados por unas viejas zapatillas de color gris. Al lado, mi coche de juguete verde, que es mi favorito. Levanto la mirada y ahí está ella, sentada en el sillón, haciendo la bufanda de ganchillo beige que me va a regalar. Fuera hace frío, nieva...

De repente, interrumpen unos golpes llamando a la puerta.

—¡James! ¿Qué haces sentado en el suelo? ¡Te vas a resfriar! Levántate y ayúdame a hacer la cena, que tu padre pronto va a volver del trabajo.

Me levanto, quería ordenar mi habitación, los calcetines sucios estaban esparcidos por todo el suelo. Pero me inundó ese pensamiento, reviví por unos segundos el momento en el que lo único que esparcía por el suelo eran cochecitos de plástico, al lado de mi abuelita.

Fui con mi madre a hacer la cena. Mi padre llega tarde de trabajar, por lo que no puede ayudar a mi madre y tengo que hacerlo yo.

—¿Qué vamos a cocinar?

—Muslos de pavo en salsa de tomate y canela.

Nunca había oído eso, ni siquiera sabía que existía una receta así. Preferí no decir nada y hacer lo que mi madre me iba indicando.

Mi mamá sacó el pavo, lo salpimentó ligeramente y lo aderezó con un poco de canela molida. Yo calenté aceite en la cazuela y doré los muslos como mi madre me estaba pidiendo que lo hiciese, por ambos lados.

Retiré el pavo. Después, ella sofríó la cebolla en el mismo aceite. Añadió los dientes de ajo y la canela en rama, y yo, el tomate. Volvimos a poner los muslos en la salsa y dejamos que la comida fuese adquiriendo el aroma de las especias. Mientras se cocinaba, me llegó ese olor. Me resultó familiar. Un aroma inundando la estancia. Recuerdo esas manos suaves de dedos finos y huesudos esparciendo harina y amasando, recuerdo las galletas horneadas. Unas manoplas rojas sacando una bandeja del horno, en la que había unas galletas doradas de jengibre y canela. Es Nochebuena.

Hoy he visitado a mi abuela, para hacer la cena con ella, antes de juntarnos toda la familia en la mesa. Finalmente, ha querido hacer unas galletas de postre, para acompañar con los mantecados y una taza de chocolate caliente. Yo la miro embobado, mientras ella trabaja me explica historias lejanas que despiertan mi imaginación.

—¡Qué rico huele! ¿Puedo probar una?

—¡Ay, mi niño! —me dice mientras se ríe— Espérate a que lleguen los demás a la cena, ten un poco de paciencia, cariño —afirma a la vez que acaricia mi pelo.

Sonó el timbre. Papá había llegado a casa. Le abrí la puerta y volví a mi habitación mientras mamá acababa de hacer la cena. Recogí los calcetines del suelo, me puse el pijama y fui a cenar.

Al día siguiente, me levanté de la cama con los ojos entrecerrados. Fui a la cocina a prepararme mi vaso de leche con cacao y unté mermelada de fresa que había dentro de la nevera en unas tostadas.

—¡Buenos días, James!

—Buenos días, papá.

Entró mi madre con una bata vieja de color azul, de esas de pelo que son tan suaves, y me preguntó cómo había dormido. La verdad era que yo creía que aún estaba durmiendo, aquello podía ser un sueño en aquel momento. Le dije que bien y seguí comiendo.

De repente, mis padres empezaron a hablar. No pude distinguir de qué por el sueño que tenía. Solo era capaz de oír unas voces hablando y mi visión solo me permitía ver a dos personas algo borrosas mirándose entre ellas. De todas formas, tampoco me interesaba meterme en la conver-

sación, así que decidí seguir desayunando y después me iría al baño para lavarme la cara. No podía pasarme el día como un zombi.

Me fui a la habitación y me vestí. Cuando ya estaba más despejado escuché la conversación que seguían teniendo mis padres.

—¿Y si entramos y hacemos limpieza? Tenemos la llave guardada en el cajón.

—Supongo que es lo único que podríamos hacer... Pero ¿cómo se puede sentir el niño al enterarse de eso?

—Le va a ser difícil aceptarlo, pero es la única manera que hay... nos estamos quedando cortos de dinero.

Tal vez tenían que pagar algo y aquel mes no les llegaba, a lo mejor se referían a esas facturas de la luz de las que hablan tan seguido, o a algún seguro del coche. Yo qué sé. Pero... ¿dónde querrían entrar?, ¿por qué iba a ser difícil para mí?

Aquella tarde, mientras hacía la tarea que me habían mandado del colegio, se abrió la puerta de mi habitación. Era mi padre, siempre hemos tenido muy buena relación y nos teníamos mucha confianza, siempre podía contar con él cuando tenía cualquier problema, él siempre estaba conmigo.

Se acercó a mí y se inclinó un poco hacia delante, tocando mis hombros con sus manos. Con un tono suave y tranquilo me dijo:

—James, ¿qué te parece si mañana volvemos a casa de la abuelita? Tu madre y yo vamos a tener que hacer limpieza allí y podrías venir para ayudarnos.

¿Esa conversación que tuvo antes con mi mamá era para ir a casa de la abuela? ¿Qué había de malo con la casa que me pudiese afectar tanto? ¿Limpieza para qué?

Mi cabeza se empezó a nublar de preguntas y más preguntas. No entendía nada.

—Sí papá, —le contesté brevemente, aunque no comprendía lo que estaba pasando— iré con vosotros.

—Está bien. —Volvió a poner su postura recta y se fue de la habitación ajustando silenciosa y lentamente la puerta.

Aquella noche no pude dormir, estaba demasiado preocupado. Echaba de menos a mi abuela, desde que ya no estaba con nosotros nadie volvió a entrar en aquella casa. ¿Por qué de repente sí? Y me dormí haciéndome esas preguntas y recordando esa casa querida, donde pasé los mejores momentos de mi niñez.

“Veo que entra la luz de la ventana en mi habitación, ya ha amanecido. Hoy es el día en el que, después de mucho tiempo, volveré a pisar aquel suelo de cálida y vieja madera que hacía un extraño ruido cada vez que ella daba un paso”.

Cuando estábamos listos, nos subimos al coche.

Nos pasamos el trayecto en silencio, sin decir una palabra, escuchando la música de la radio. Yo, mientras tanto, miraba el paisaje por la ventana. Se veían los campos y algunos terrenos donde poco antes de aquél 7 de abril, se cultivaron unos manzanos.

Por un momento, me imaginé paseando por allí con ella, cogidos de la mano.

—Ya hemos llegado.

Nos bajamos del coche y andamos por el caminito de piedra hasta la puerta verde. El descansillo está lleno de hojas secas.

Mi padre saca la llave del bolsillo de sus pantalones y la introduce por la cerradura. Abre la puerta.

Vuelvo a la casa a la que nadie ha querido ir desde que ella se fue. Una casa, ahora vacía. Mis padres quieren escoger y empaquetar ropa y otros enseres, limpiar y organizar un poco...

Quizás la vayan a alquilar... No puedo imaginar a nadie viviendo allí si no es ella.

Antes de ayudarlos, me doy un paseo por la casa, recordando esos bellos momentos que nunca más volverán a suceder.

Mientras rebuscan por las habitaciones de la segunda planta, yo entro en la cocina, y la veo allí de pie, en los fogones removiendo una cazuela con una cuchara de madera. Me mira con sus ojos acuosos llenos de dulzura y me sonrío. Puedo sentir el calor de la lumbre y los aromas de sus bizcochos y sus galletas dorándose en el horno.

En la alacena, todavía intactos, hay una buena colección de botes de frutas y mermeladas en conserva. Debajo de unos periódicos viejos encuentro un diario. Lo cojo, lo abro y me doy cuenta de que es un recetario de cocina. Sus mejores recetas escritas con su letra cuidadosa y recalcada: “Paso a paso” e “Ingredientes y elaboración”. Y ahí está: “Galletas de Navidad de jengibre y canela”.

Cuando me iba a sentar en el suelo, mientras observaba embobado su receta, una voz interrumpió el silencio.

—¡James! —oí a mi madre gritar— Ven y ayúdanos a tu padre y a mí.

—¡Ya vooooy!

Me llevé el diario, lo escondí en los bolsillos interiores de mi chaqueta.

Ayudé a mis padres y, finalmente, volvimos al coche de vuelta a casa.

Durante el trayecto nadie estaba hablando, la radio no estaba encendida. Se oía el ruido del motor mientras papá conducía.

De pronto, mi madre se giró mirando hacia mí desde su asiento.

—James, queremos alquilar esta casa...

¡Bingo!, mi intuición no se equivocó. Ya habíamos hecho limpieza por algo y no quería llevarles la contraria. Además, comprendo que para ellos también es difícil decírmelo y no quiero que se sientan peor aún.

—Está bien mamá —le dije con tono tranquilo mientras dibujé una sonrisa en mi rostro—.

Me devolvió la sonrisa y se volvió a encarar hacia delante.

Al volver a casa, dejé el diario en un cajón de mi mesita de noche.

Ya era oscuro, fui a cenar y me acomodé en la cama. Poco a poco mis ojos se fueron cerrando sin darme cuenta.

Oigo los pájaros cantar desde fuera de mi casa, siento una inmensa calma. Con los ojos cerrados, recuerdo el diario. De repente me lleno de energía y pego un salto enorme de la cama. Abro el cajón y con las recetas en mi mano me voy corriendo hacia la cocina. Empiezo el libro por la página de las galletas.

“Volveré a esas Navidades sea como sea”, me repetía a mí mismo una y otra vez.

Emocionado, abrí los armarios de la cocina y saqué la harina, el azúcar y todo lo que indicaba en el diario.

—¡Manos a la obra!

—Buenos días, ¿qué haces despierto tan temprano? —dijo mi madre sorprendida, a la vez que, olía la comida— ¡Galletas! —se respondió a ella misma—.

—Encontré una receta de la abuela y las quería volver a probar, también hay para vosotros, ¿las queréis probar?

Apareció mi padre diciendo:

—¿He oído galletas? Vaya, que buen cocinero tenemos en casa.

Mientras se enfriaban las galletas, preparé unas tazas de leche para cada uno y decoré la mesa con velas encendidas. Junto a ellas, dejé un plato, en medio, con las sabrosas galletas y dejé las tazas en el sitio donde se sentaba cada uno. Dejé un lugar, también, para la persona más especial, con su taza de leche preparada. El de mi abuela.

Nos sentamos y las comimos juntos.

Vuelvo a saborear esas galletas, el sabor que me recuerda a ella, el sabor de mi infancia. El sabor de jengibre y canela. El sabor de aquella Nochebuena.

Miro fijamente la brillante y alta llama de la vela blanca que tengo enfrente y siento una bonita sensación.

Sonríó porque estoy en casa y ella está conmigo.

OJOS AZULES

GENÍS MERCÈ COLOM

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3.º Y 4.º DE ESO

ERAN LAS siete de la mañana de un junio de 1957. Estaba en un campamento militar en el que te preparaban para ir a la guerra. Esa última noche antes del desplazamiento hacia Vietnam había sido horrible, no había pegado ojo y mi sensación de no saber qué me podría pasar en un futuro próximo me había estado incordiando durante mis supuestas horas de sueño. En ese sitio nadie era amigo de nadie, o eso les gustaba decir a los comandantes que nos supervisaban.

Me pasé unos diez minutos tumbado en mi cama reflexionando, mientras veía el techo pintado de un color blanco marfil gracias a los primeros rayos de luz que nos brindaría por última vez en mucho tiempo el sol de los Estados Unidos.

Esa situación me hizo recordar a padre, un antiguo comandante estadounidense. Era alto, rudo y daba una impresión un poco estricta a primera vista. Lo que más me gustaba de él era su optimismo y, a la vez, su forma de afrontar la realidad sin echarse atrás.

Sentía que el mundo se me echaba encima y yo no podía hacer nada. Quería ser tan valiente como padre y que él estuviese allí para ayudarme.

Justo entonces sonó el silbato del comandante Watkins.

—¡Levantaros todos! —ordenó con una voz firme e imponente— ¡Hoy es el gran día!

Los ocho chavales de la habitación nos pusimos rápidamente de pie y nos cuadramos. Seguidamente el comandante Watkins nos dio un cuarto

de hora para hacer nuestras maletas e ir al autobús que nos esperaba afuera del campamento y que nos dirigiría al aeropuerto militar.

Mientras iba guardando mi escaso y preciado equipaje, me vino a la mente el recuerdo del primer día en ese lugar. Echaba de menos ser tan inocente como en aquel entonces ya que mi paso por el ejército había sido corto pero muy duro. Mientras lo recordaba, no sabía que lo peor estaba aún por llegar.

Cuando llegamos al aeropuerto, ya eran las nueve y media. En ese lugar no solo estábamos nosotros, sino que había cerca de una decena más de destacamentos esperando el momento de despegar hacia Vietnam. Nosotros nos encontrábamos en una esquina de la pista de aterrizaje y, desde ese punto, se podía ver toda la gente que estaba presente.

Desde allí pude llegar a apreciar a nuestro presidente por aquel entonces: el señor Dwight David Eisenhower. La verdad es que siempre acudía a los eventos militares más importantes porque él formó parte del ejército años atrás y quería ser un ejemplo para todos.

Al cabo de un par de minutos, los diferentes grupos de soldados iban entrando en aviones de transporte militar muy ordenadamente. Esas grandiosas naves nos transportarían hacia nuestro paraje en unas trincheras al sur del país enemigo.

Cuando nos llegó el turno de subir al vehículo, el señor Watkins me llamó y, mientras me acercaba, me dijo:

—Tú eres el hijo de Harry, ¿verdad?

Yo enseguida le contesté: —Sí señor.

En ese momento al comandante se le iluminó la mirada y siguió: —Muy bien, te voy a permitir hacer una llamada a alguien de tu familia en honor a tu padre.

Yo me ilusioné mucho y casi llegué a abrazarlo. En lugar de eso le dije sin dudar: —¡Muchas gracias, señor!

Luego de ese acto de buena fe por su parte, se fue con el resto de grupo y les hizo subir uno a uno a bordo del vehículo aéreo.

En un abrir y cerrar de ojos, apareció un hombre vestido elegante, con un traje negro y una pajarita magenta. Medía poco más de un metro y

medio y me invitó a seguirle hasta una cabina telefónica. Yo lo hice encantado. Al llegar, se encontraba la cabina y a su izquierda el presidente. Él me saludó y yo me acerqué. Me comentó que cuando había formado parte del ejército, mi padre y él entablaron una muy buena amistad, hasta que desgraciadamente falleció en una batalla. Aunque me lo habían contado mil veces, la memoria de padre siempre me llenaba de nostalgia. Intenté disimular, pero creo que se llegó a notar que mis ojos se me humedecían. Después el señor Eisenhower se despidió de mí dejando que pudiese hacer la llamada.

“212 4311”. Ese era el número fijo de mi casa. Mi madre siempre me lo había aconsejado saber de memoria para llamarla cuando pudiese, lástima que no podía hacerlo más de un par de veces por semestre.

A punto estuvo de sonar por segunda vez el “pip” que ya se descolgó el teléfono; una voz cálida me habló, en ese instante supe indudablemente que quien estaba en el aparato era madre. Ella había sido el pilar fundamental de mi infancia. Si ahora soy quien soy es gracias a ella.

—Hola mamá —dije muy emocionado—.

—¡Hijo, qué alegría poder oír tu voz! Hoy es tu último día aquí, ¿verdad?

—Sí, por eso te quería llamar. —yo seguí— Ya sé que padre fue a la guerra y no pudo volver, eso te afectó muchísimo, pero no pienso permitir que si yo fallezco tu vida sea aún más oscura. Tienes a mi hermana y las dos juntas os vais a apañar perfectamente, no lo dudo.

Me gustaría haber expresado la inseguridad interior que tenía y que madre me hubiese tranquilizado como cuando era niño, pero ahora era diferente. En vez de eso me armé de valor y le aseguré:

—No tengas miedo, seguro que volveré. Cuando esté aquí de nuevo, seremos la familia más feliz del mund... —no pude ni acabar la frase que se colgó el teléfono, mi tiempo de llamada se había agotado—.

El hombre que antes me había acompañado hasta la cabina me volvió a pedir que fuese con él y me llevó hasta la compuerta de emergencia del avión. Entré y vi a todos mis compañeros militares dentro. Cinco minutos más tarde la nave despegó.

Recuerdo perfectamente que durante el trayecto me vinieron muchos pensamientos a la cabeza. Recordaba a mi hermana, a madre, el colegio donde había estado estudiando más de seis años y me había hecho hombre, el comandante Watkins, el campamento... Pero el recuerdo más punzante de todos era sin duda los azules ojos de padre. Eran los ojos más bonitos que había visto en mi vida. Cuando los mirabas fijamente te transportaban a un lugar de paz y calma en el que solo podías salir si cerrabas los ojos. Nunca después de que padre muriese había podido ver otra mirada como la suya y eso hacía que sintiese cierta añoranza.

Doce horas y media después de subir a bordo de aquel avión colosal, ya nos encontrábamos en territorio enemigo, Vietnam.

Cuando bajamos de la nave coincidimos con otro grupo de soldados. Eran unos cincuenta más o menos. Los analicé uno a uno y, para sorpresa mía, estaba Jack. Él había sido mi mejor amigo desde los cinco hasta los dieciséis años. En el momento en el que lo vi, lo llamé por su nombre y él se giró. ¡No me podía creer que nos volveríamos a encontrar después de que él se mudase a Wisconsin! Mientras me acercaba contemplando el nuevo paisaje, él me hacía señas con las manos, se veía que no solo yo estaba interesado en volver a hablar.

Lo primero que hicimos fue abrazarnos durante más de veinte segundos y, al volver a nuestro sitio, empezamos a hablar sobre qué había pasado después de separarnos hasta entonces. Jack no había cambiado nada desde la anterior vez que lo vi, me recordaba al Jack aventurero y atrevido de nuestra infancia. Ojalá volviéramos a ser niños otra vez y a hacer travesuras como solo nosotros sabíamos. ¡Qué recuerdos!

Ese día nos lo pasamos juntos, sin separarnos ni por cinco minutos. Cuando llegó la noche y era hora de cenar, nos informaron de que al día siguiente nos moveríamos hasta el norte, unos tres o cuatro kilómetros, y que en principio no habría ningún peligro.

Al día siguiente nos despertamos a las cinco y cuarto de la mañana. Había un par de comandantes durmiendo sentados en una roca, agotados tras haber hecho guardia toda la noche. Los ochenta soldados de los dos campamentos avanzamos a paso lento hasta mediodía. Allí montamos una

especie de trinchera improvisada y aprovechamos para comer. Cuando aún no había acabado mi plato de patatas, un soldado de nuestro campamento se levantó de golpe y empezó a gritar; tenía la mano llena de sangre e hinchada. Descubrimos que una araña lo había picado justo en la vena cefálica, o eso decían los médicos. Estos mismos aconsejaron al soldado que se amputase la mano, ya que había una alta probabilidad de que la araña fuese venenosa y, si el veneno pasaba por una vena tan importante del cuerpo, podría llegar a morir. El valiente soldado aceptó inmediatamente y los médicos militares procedieron a hacerle un torniquete a la altura del antebrazo. Yo vi como ese pobre hombre se quedaba sin mano y eso me sirvió para saber que no solo los vietnamitas eran peligrosos.

Pasaron dos días e íbamos avanzando sobre el terreno poco a poco sin encontrarnos a nadie. Ese día pensaba que sería igual, pero estaba muy equivocado. Por la mañana, nos avisaron que habían detectado presencia hostil no muy lejos de donde estábamos y que teníamos que andar con pies de plomo. Tras haber caminado más de una hora y media, estábamos exhaustos. Cada día parecía ser más difícil que el anterior y las mochilas pesaban mucho debido a la munición y las armas, entre otras cosas.

En el momento que teníamos pensado montar un pequeño punto de descanso, pasó algo inimaginable; vimos como desde los arbustos salió disparada una granada hacia nosotros. Por suerte afectó solo a tres personas, el resto nos pusimos a cubierto y sacamos nuestras armas. Mi corazón latía tan rápido que creía que estallaría y la adrenalina fluía en mí como nunca antes.

Tenía mucho miedo y quería huir. No podía hacer nada, estaba paralizado. Inmediatamente después de que se me pasase la idea por la cabeza de marcharme de allí, pude escuchar a Jack desde el otro lado del descampado dándome fuerzas y animándome. Ese momento me recordó cuando en el colegio nos tirábamos piedras entre clases y él siempre me hacía envalentonar. El grito de retirada del comandante Watkins me hizo volver de ese flashback. Rápidamente los soldados estadounidenses huimos y llegamos a un sitio seguro donde pasaríamos la noche.

Al llegar no vi a Jack por ningún lado. Lo estuve buscando durante media hora y nadie decía haberlo visto después del tiroteo. En ese momento pensé que Jack pudo haber sido abatido en ese intercambio de disparos, pero mi corazón no decía lo mismo. Después de cenar todo el mundo se fue a dormir y yo simulé ir también. Mi plan era escaparme a media noche e ir en busca de mi mejor amigo.

Cuando llegó la medianoche, me fui en secreto del campamento en busca de mi amigo. Tuve que andar con cuidado, ya que los comandantes estaban vigilando la zona y no quería ser descubierto. Tuve la voluntad de contar mis intenciones a tres soldados de la tienda de campaña en la que me encontraba, pero creí conveniente ir yo solo en busca de Jack, ya que era un tema personal y, además, sería mucho más sigiloso.

Anduve durante un cuarto de hora en ese frondoso y oscuro bosque y recordé que cuando nos retiramos de la emboscada vietnamita vi un poblado enemigo desde lo alto de una colina. Por suerte, pude recordar un poco el camino que había memorizado por si acaso y llegué al destino rezando para que mi amigo estuviese ahí. Me escondí entre dos arbustos y vi que Jack estaba en una pequeña choza improvisada hecha de paja y madera. Me aseguré de trazar un buen trayecto hasta ese punto y, por suerte, llegué exitosamente.

Recuerdo con total claridad el momento en el que entré en la casita, había un guardia sentado en una silla y lo abatí ahogándolo con mis propias manos sin hacer nada de ruido. Cuando por fin me quedé solo con Jack, pude apreciar que estaba muy malherido.

—Sabía que vendrías, Ronald, —me dijo casi sin fuerzas— confiaba plenamente en ti, solo en ti.

Al acabar de decir la frase, Jack perdió la vida en mis brazos. Me quedé mirándolo fijamente y recordé todo lo que habíamos vivido juntos; las mentiras a nuestros padres, el día que montamos la cabaña del árbol, nuestra amistad inseparable... Sentí un enorme vacío dentro de mí y un sentimiento de añoranza me invadió.

Al irme de la aldea, me pasaron muchas cosas por la cabeza, pero ese no era el momento idóneo para pensar en ello.

Justo cuando creí que me había escapado exitosamente, escuché un hombre gritando, alterado por mi presencia. Segundos más tarde, una decena de enemigos me estaban disparando con sus subfusiles. Hui por los matorrales, pero lo único malo era que me había llevado un tiro en el hombro. Obviando el hecho, volví a mi base.

Cuando llegué, avisé a mis compañeros que estaba herido y rápidamente una médica me atendió. Me puso en una camilla y pude descansar un rato al fin. Mientras estaba tratando de hacerme un vendaje improvisado, me fijé en ella, era alta, rubia, lista y con un carácter muy afín al mío.

—¿Cuál es su nombre señorita? —me atreví a preguntarle—.

—Mary, Mary Johnson.

Su angelical voz me sedujo en un instante. Estaba claro que había sentido un flechazo.

Cuando Mary terminó de atenderme, me dormí a causa del cansancio acumulado. Al día siguiente, me desperté al oír a alguien llamándome.

—Ronald, Ronald, —era el comandante Watkins— debido a tu herida, hemos decidido que lo más conveniente es que vuelvas a los Estados Unidos.

En ese momento sentí alegría porque ese sitio era el infierno, pero también quería ayudar a mi nación. De todos modos, acepté. Esa misma tarde vino un avión de transporte militar y junto a otros cuatro soldados nos fuimos a casa.

De camino, sentí picazón en el brazo. Al remangarme, vi que tenía un papel con algo escrito. Lo abrí y pude leer “212 8502, Mary”. No había ni acabado de leer el nombre y ya estaba dando brincos. Calmado ya, me puse a pensar en ella y que me hubiese gustado quedarme allá solo por ella, y sentí cierta añoranza.

7 AÑOS MÁS TARDE:

Me encontraba en el hospital. Tenía ganas de que acabase todo eso y volver a casa feliz. Cuando el ginecólogo entró en nuestra consulta exclamó:

—¡Viene ya!

En ese instante, Mary empezó a gritar. Apretó su mano a la mía y fue entonces cuando sentí el verdadero vínculo entre ella y yo, como había pasado siete años atrás.

Al cabo de doce minutos, mi mujer ya había dado a luz. Cuando el doctor lo cogió en brazos me lo dio a mí. Al tenerlo por primera vez, sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Era un niño hermoso y sano. Todo iba bien cuando de repente vi algo especial en él: su mirada. Tenía unos ojos azules que me recordaron a alguien muy especial, a padre. Entonces fue cuando sentí que mi hijo tenía el mismo espíritu luchador que caracterizaba a mi progenitor. Me hubiese gustado que padre estuviese a mi lado en un momento tan importante para todos. Me gustaba mucho afrontar las nuevas etapas de la vida con él, como solíamos hacer.

Cuando Mary se percató de que estaba muy pensativo preguntó —¿Amor, estás bien?

Obviando su pregunta dije: —Harry, el niño se llamará Harry.

COMENTARIOS DEL JURADO

VII Concurso de Relatos Cortos (2022)

**Acta de resolución
del VII Concurso de Relatos Cortos.
Lleida, 23 de abril de 2022**

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

Primer Premio:

Para el relato titulado “**Abrir puertas**”, de la autora **Cristina Rodríguez Pinós** (Grado de Comunicación y Periodismo Audiovisuales).

Destaca la originalidad de la estructura de este relato: un grupo de jóvenes crean unas plataformas en Internet para que los ancianos de una residencia compartan “su experiencia y sabiduría” con los usuarios que son de generaciones más jóvenes.

Es reseñable en este relato la visibilidad de la tercera edad y de unas memorias marcadas por la opresión contra quienes se salían de la norma. En definitiva, es un texto original, muy bien redactado, con dominio de la técnica y del lenguaje literario y que demanda un lector con un papel activo en su interpretación.

Segundo Premio:

Para el relato titulado “**¿Cualquier tiempo pasado fue mejor?**”, de la autora **Núria Freixes Miró** (Grado de Filología Hispánica).

Sorprende la excelente imbricación de las dos líneas narrativas de este relato, así como la descripción de la personalidad llena de matices del protagonista y de la realidad que lo rodea.

El valor del relato estriba en que crea una atmósfera de incomunicación y melancolía logrando retratar el dramático panorama de soledad que vive un anciano en un hospital. Además, hay una serie de saltos temporales entre el presente y el pasado que nos van aportando información progresivamente, lo cual nos ayuda entender la verdadera causa de los remordimientos del protagonista.

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1.º Y 2.º DE BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS

Primer premio:

Para el relato titulado “**La voz de mis abuelos**”, de la autora **Aitana Franco Bernad** (1.º de Bachillerato del Instituto Samuel Gili i Gaya).

El texto ofrece una excelente descripción de la época navideña, con una gran riqueza léxica y una redacción fluida e impecable. La protagonista expresa en primera persona sus emociones durante la celebración de una Navidad que está marcada por la ausencia de sus abuelos. Este tema es tratado con mucha profundidad y ternura.

Esta historia intimista está cargada de silencios expresivos y retrata de forma eficaz la contención en las relaciones familiares desde la perspectiva de la nieta, quien siente una nostalgia positiva y serena por sus abuelos y las enseñanzas que le legaron.

Segundo premio:

Para el relato titulado “**Olor de aceite crudo y de vino rancio**”, del autor **Adrià González Graell** (1.º de Bachillerato del Instituto Manuel de Montsuar).

Este relato nos sorprende por la novedosa evocación que hace la narradora de su abuela a través de la repostería, las fotografías viejas y su casa del pueblo, ahora abandonada.

Su autor tiene la capacidad de transmitir la memoria sensorial y el sentimiento de la nostalgia que despiertan olores y sabores específicos. Este texto ilustra el modo en que la literatura responde a la necesidad de preservar la memoria y construir identidad.

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3.º Y 4.º DE ESO

Primer premio:

Para el relato titulado “**Canela y jengibre**”, de la autora **Sara Escolà Vidal** (4.º de la ESO del INS Alcarràs).

Excelente relato que narra el pasado en presente creando una sensación de cercanía e inmediatez de los recuerdos, que se presentan como ensoñaciones de la protagonista.

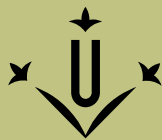
Se trata de un texto bien redactado y con unas descripciones sugestivas de la comida y la casa de la abuela. El desenlace del cuento es muy emotivo y contiene una enseñanza de cómo cierta nostalgia puede ser un antídoto contra la tristeza.

Segundo premio:

Para el relato titulado “**Ojos azules**”, del autor **Genís Mercè Colom** (3.º de la ESO del IES Ciutat de Balaguer).

Este relato sobresale porque consigue retratar eficazmente el perfil psicológico del protagonista y les otorga una dimensión humana a los militares anónimos.

Asimismo, es un texto excelentemente escrito que enlaza la ficción y la historia, tiene una estructura circular y crea suspense logrando mantener la atención del lector desde el primer momento.



Universitat de Lleida
Departament de Filologia
Clàssica, Francesa i Hispànica